

**Conferencia del P. Peter-Hans Kolvenbach
sobre la Vida Religiosa
La Habana, 1-VI~2007**

En momentos solemnes la Iglesia canta la letanía de todas las santas y todos los santos. En el recuerdo de tantos apóstoles, obispos y mártires hacen irrupción los monjes, como un don del Espíritu a la Iglesia que corre el riesgo de olvidar al Señor en oración; hacen irrupción los mendicantes, como un don del Espíritu a la Iglesia que corre el riesgo de contar con las riquezas en lugar de seguir a un Señor pobre; hacen irrupción los misioneros como un don del Espíritu a la Iglesia que corre el riesgo de dejar de anunciar la buena nueva sobre los tejados del mundo entero; hacen irrupción los fundadores y las fundadoras de la vida consagrada como un don del Espíritu a la Iglesia que podría proclamar el nuevo mandamiento de amor con palabras hermosas y generosas, pero sin ponerlas en práctica ante tanta miseria e injusticia en el mundo»

Esta letanía continúa en la medida en que permanecemos fieles a este primer amor (Ap 2.4) y en la medida en que no cesamos de dejarnos refrescar por el Espíritu siempre nuevo, y rejuvenecer por el Espíritu que es siempre vida nueva. Justamente porque hemos recibido ese don del Espíritu que es nuestra vocación y misión en el tiempo, no debe extrañarnos que este tiempo pase, que tenemos un pasado, que no podamos detener el presente porque el tiempo nos hace correr hacia el provenir, hacia Aquel que está por venir.

Hay que reconocer que el Espíritu, que nos habla mediante los Padres del Vaticano II, nos ha colocado más en una situación de discontinuidad que de continuidad aparente. Durante siglos la situación de la vida consagrada era clara. El ministerio sacerdotal caracterizaba al clero, la obediencia a sus pastores caracterizaba al pueblo de Dios, y la búsqueda de la santa perfección caracterizaba la vida consagrada. Hoy en día, el clero y el laicado funda la Iglesia, de la que la vida consagrada forma parte no como indispensable, sino como un don gratuito de parte del Espíritu. Todos y todas están llamados a la santidad. Tantos rasgos que antes eran signos exclusivos de la vida consagrada se proponen ahora al clero, de forma explícita en la carta sinodal "Pastores dabo vobis", o son vividos por y en numerosos movimientos eclesiales del laicado.

EL rostro claro del pasado, actualmente está ensombrecido, al mirar la vida consagrada. La vida monástica en la medida en que se observan la "liturgia divina" y el voto de estabilidad guarda una más clara entidad. Lo mismo ocurre con la vida contemplativa-las monjas y monjes, los ermitaños.

Por el contrario, la vida consagrada apostólica ha querido vivir siempre una tensión entre contemplación y acción apostólica. Ya no es posible, como lo ha sido en el pasado, caracterizarla por sus actividades caritativas y pastorales, educativas y misioneras, porque actualmente están asumidas por el clero y por el laicado. Más aún, para anunciar la buena nueva que es Cristo, a menudo ya no bastan un simple don de uno mismo, espontáneo: se ha impuesto también a nuestras obras la profesionalidad.

Tratemos de ver más de cerca algunos de los logros de la Vida Religiosa en nuestros días. O, más bien, procuremos escuchar cuanto el Espíritu del Señor nos dice de ella.

A través del Concilio Ecuménico Vaticano II, el Espíritu indica a la Iglesia que la vida religiosa "es un don divino que la Iglesia recibió del Señor, y que con su gracia se conserva perpetuamente" (LG 43). En esta forma la vida religiosa se inserta en la historia que Dios Nuestro Señor quiere escribir junto con nosotros. En los orígenes mismos de su pueblo, Dios le prometió su fidelidad: así el pueblo de Dios contaría siempre con la ayuda indefectible de Dios.

Pero la protección y compañía de Dios no están tan solo en la seguridad que ha ofrecido a su pueblo. Se manifiestan además en el don divino de sus intervenciones. Por ejemplo, cuando el pueblo se encierra en sí mismo, Yahvé envía un profeta para que les abra los ojos y nuevamente vean. Así también el Señor resucitado promete su ayuda a la Iglesia, su Espíritu a los Pastores, su Vida a los cristianos.

El Resucitado continúa favoreciendo a su Iglesia con dones sobre todo cuando el pueblo de Dios corre el peligro de olvidar una dimensión de la riqueza de Cristo o no recuerda la obligación que tiene de proclamar efectivamente las bienaventuranzas a los hermanos necesitados.

Cuando en el siglo cuarto la Iglesia se instala en una especie de "bienestar espiritual" - el cristianismo recibe un reconocimiento legal y no vive ya en un ambiente de persecución y de martirio -, surgen hombres y mujeres que experimentan el llamado de Dios para que protesten contra los compromisos y los pactos de un cristianismo instalado con "el mundo que pasa". Sienten en lo hondo de su ser la necesidad de dar testimonio, para bien de la Iglesia, de la Ciudad del Dios con nosotros, en la que radica verdaderamente el futuro del pueblo del Señor.

Es dentro de esta perspectiva de denuncia en donde hay que situar también el cuidado que tiene el Espíritu del Señor de que se cumplan todas las palabras de la Escritura, para que no sean como letra muerta sino que se encarnen en la vida de las personas y estas se transformen. Un domingo Antonio escucha leer en la Iglesia la invitación del Señor a dar todos los bienes a los pobres y a seguirlo. Y siente entonces Antonio que debe apropiarse esa palabra. Querrá llegar a ser en su propia persona "Evangelio en la Iglesia". Precisamente porque el Evangelio insiste, en nombre del Señor, en la necesidad de que el amor se manifieste visiblemente a través de obras en servicio de los pobres y de los que sufren, es por lo que en la Iglesia hay hombres y mujeres que se sienten llamados a ser otros Cristo a favor de los necesitados. Todo tipo de miseria humana ha hecho que nazca en la Iglesia una familia religiosa que responda a esa necesidad. La explicación de esto no es otra que Cristo mismo que quiere ser ayudado y servido en el pobre como nos lo recuerda el Evangelio.

El nacimiento de toda forma nueva e imprevista de vida religiosa encuentra, siempre sus orígenes en la iniciativa de Dios y en una inspiración del Espíritu. No se trata nunca de orígenes previamente calculados ni de un nacimiento programado. Habría más bien que decir que se trata de una aventura cuya iniciativa corresponde únicamente al Espíritu del Señor quien hace este regalo a su Iglesia.

Es precisamente eso lo que explica la increíble variedad y multiplicidad de las espiritualidades, de los servicios y de las formas de vida religiosa. A todo este tenemos que añadir los nuevos movimientos espirituales: es el dinamismo del Espíritu el que desborda todas las formas, aún las mejores, para que la Iglesia tenga vida en

abundancia. La razón por la que hay tantas familias religiosas es para no olvidar tal o cual dimensión de la riqueza de Cristo, tal o cual aspecto de la personalidad del Señor.

Supuesto que la vida religiosa es un don para la Iglesia, veamos a continuación las consecuencias que se deducen de este hecho.

Ante todo, la vida religiosa no existe para sí misma, sino en y para la Iglesia. Sin duda el Señor nos llama a cada uno de una manera muy personal. Pero ninguno se hace religioso solo para su propio bien sino para la santidad de la Iglesia. Por esto corresponde a la Iglesia pronunciarse acerca de la autenticidad del don divino que se le ofrece. Sin embargo, es un hecho en la historia de la vida religiosa que las órdenes y congregaciones religiosas experimentan la tentación de querer acaparar el Espíritu del Señor. En la vida religiosa se da la permanente tentación de marginarse de la Iglesia y de situarse a un lado de ella o aun por encima de la condición ordinaria del Pueblo de Dios.

Por otra parte, existe siempre también la posibilidad de que la Jerarquía llegue a no respetar la especificidad de ese don del Espíritu. Como decía ya San Pablo, se corre el riesgo entonces de extinguir el Espíritu. A pesar de ello, San Ignacio de Loyola estaba convencido de que la inevitable tensión entre la Jerarquía de la Iglesia y la vida religiosa, no daría lugar a un conflicto permanente. Todos terminarán por reconocer al mismo Espíritu del Señor que obra en la vida religiosa, vida que nace de su inspiración y que se sitúa en la Iglesia precisamente como don divino.

Precisamente otra de las consecuencias de que la vida religiosa nazca del Espíritu es el hecho de que no sea autónoma para decidir jamás acerca de su vida y de su muerte. Se encuentra totalmente al servicio y a la merced del Espíritu. Únicamente la Iglesia recibió seguridad de eternidad, pero este no es el caso de familia religiosa alguna. Por eso el misterio pascual, con su vida y con su muerte, está presente en todas las fundaciones religiosas. No tenemos que extrañarnos que en un momento dado el pueblo de Dios tenga necesidad de una forma de servicio de oración o de caridad distinto de los ya existentes. Por esto nosotros vemos, aun hoy día, que hay familias religiosas que nacen y mueren. La muerte de una familia religiosa no comporta necesariamente un juicio negativo, puesto que el futuro de una familia religiosa depende menos de la santidad personal de sus miembros que de la voluntad del Espíritu del Señor: es a Él a quien corresponde valerse de ella para el bien de su Iglesia.

Todo esto no debe llevarnos a pensar demasiado rápidamente que la inspiración del Espíritu que está al origen de una familia religiosa se ha agotado. Frecuentemente posee en sí misma energías insospechadas para una renovación en el Espíritu. En efecto, la historia nos muestra que una familia religiosa jamás está definitivamente hecha, sino que, en la medida misma en que ella es capaz de abrirse a la voz del Espíritu, será susceptible de re-crearse continuamente. Muchas familias religiosas han hecho esta experiencia espiritual después del Concilio. Todas esas reuniones, revisiones, diálogos y encuentros de todo tipo que tenemos, - quizás a veces demasiado numerosos -, en el fondo no son otra cosa sino la manifestación de esa disponibilidad para nunca poner punto final al empeño de llegar a ser constantemente ellas mismas, permaneciendo siempre en estado de fundación, mediante la gracia y la iniciativa del Espíritu.

Aun hoy día el conjunto de la Vida religiosa ofrece un testimonio de disponibilidad. No se trata de cambiar nuestra vida y nuestro trabajo por el prurito de cambiar. Tampoco se trata de hacer adaptaciones simplemente para responder a ciertas interpelaciones, a veces demasiado superficiales: gusto, modas o ideologías de nuestros días. Lo que importa es tener creatividad evangélica para leer así los signos de los tiempos a la luz del Señor, en su Iglesia. Es así como se responde a la interpelación del Espíritu que nos hace sentir su acción en la oración de discernimiento. Debemos tener la osadía de aceptar que el fundamento de toda nuestra vida y actividad es la invitación que nos hace el Espíritu. Una familia religiosa capaz de entregarse totalmente como cuerpo al Espíritu de Dios y de darse con entusiasmo apostólico a la misión de Cristo, tendrá muy posiblemente vocaciones que nosotros no podemos producir: el Señor es el que llama a una fidelidad creadora. Por esto la Iglesia del Vaticano II ha pedido a todas las familias religiosas volver al pasado donde sitúa la llamada originaria - el carisma -, la primera comunidad, los escritos y constituciones de los fundadores y fundadoras.

Se trataba con esta mirada al pasado de un dar un paso peligroso, porque el Espíritu no acostumbra a hacernos retroceder, sino que, por el contrario, nos impulsa hacia delante. Así que, en lugar de mirar el camino que se nos abría delante, era necesario tener los ojos fijos en el retrovisor. Peligroso también, porque se daba la impresión de que el tiempo de los orígenes fuera como una edad de oro, y que lo único que había que hacer era reproducirla.

Pero el volver a las fuentes no tenía otra finalidad que redescubrir la llamada del Espíritu que ha suscitado para su Iglesia una familia religiosa y cuando este Espíritu actúa en la historia, quiere hacerlo siempre a través de hombres y mujeres, - el Espíritu y nosotros -, con sus caracteres e historias, con sus mentalidades y culturas concretas. Es preciso entonces discernir en la historia, a menudo muy agitada, de una familia religiosa, lo que el Espíritu ha querido decirnos, en su constante novedad.

Si hemos dicho que la vida religiosa es un don divino para la Iglesia y hemos sacado algunas consecuencias de ella, conviene preguntarnos a continuación en qué consiste ese don. En otros tiempos la respuesta más común era decir que se trataba de un servicio mayor de caridad y de una forma más elevada de oración. Históricamente es indudable que la vida religiosa ha poseído, diríamos, casi el monopolio en el amplio campo de la caridad en nombre del Evangelio. A semejanza del Señor que se esconde en el desdichado, el religioso debería - dice San Cipriano - cumplir "las obras de nuestra justicia y de nuestra misericordia": visitándolos, dándoles de beber y de comer, rescatando a los cautivos, vistiendo a los desnudos, cuidando a los enfermos y dando sepultura a los difuntos.

Sin limitarse a pensar únicamente en el ser físico y en sus dolores, sino en la totalidad del hombre: cuerpo y alma, las familias religiosas se empeñan también en las obras de misericordia espiritual: aconsejan, corrigen, enseñan, consuelan, perdonan, soportan y oran. Todos estos servicios característicos de la misericordia han ido adquiriendo en las diversas partes del mundo el carácter de derechos sociales. Sin embargo, es un hecho que el compromiso social en amplias zonas del mundo es todavía muy precario y aun inexistente. Tengamos en cuenta que la vida religiosa no es la única que se ejercita en este campo. Ciertamente ha dado ingentes frutos de generosidad pero estos son todavía muy insuficientes.

De todas maneras, el hecho de que hoy en día son muchas y muy diversas las personas e instituciones que trabajan en el campo de la caridad y de la asistencia, no permite que la vida religiosa aparezca como el único don de Dios para el servicio de la caridad.

A esto tendríamos que añadir otra constatación: tampoco las religiosas y religiosos detentamos actualmente el monopolio de la oración y de la santidad dentro del Misterio de la Iglesia. El concilio Vaticano II terminó con cualquier tipo de duda que aún restase acerca de esto cuando afirma que todos somos llamados a la santidad. No podemos concebir el Evangelio como dos compartimentos separados, de manera que en el primero se encontrasen una serie de exigencias exclusivas para los laicos y, en el segundo, estuviesen contenidas las que son exclusivas de los religiosos. El Señor invita a todos a orar sin cesar, todo son llamados por El para que sean perfectos como el Padre que está en los cielos.

Ya en el siglo cuarto se llevó a cabo una investigación en Egipto para saber quién era la persona más santa en el país. No fue un monje, especialista de la ascesis del desierto y de la oración continua, sino una madre de familia de Alejandría con un marido tiránico y un racimo de niños que no podían estarse quietos, pero que cantaba diariamente el trisagio con todo su corazón: Santo, Santo, Santo eres en verdad Dios. Los monjes admitían el hecho de que esta madre de familia era mucho más santa que todos ellos.

La vocación de todos a la santidad se hace sentir hoy en la vida religiosa. Nuestras reuniones y nuestro trato con otros, nos ayudan a descubrir el gran número de especialistas de la oración que hay aun fuera de las comunidades religiosas. El ministerio de la caridad y de la oración tienen todavía hoy en día una connotación desde el punto de vista del lenguaje que otorga a la vida religiosa un cierto privilegio, una especie de "más" dentro del conjunto del pueblo de Dios. No es fácil cambiar o suprimir ese acento, pero en todo caso, y a pesar de eso, es innegable que la vida consagrada es un don divino para la Iglesia, cuando religiosos y religiosas viven la vida cristiana de otro modo que el laico según el camino que el Señor mismo ha trazado.

La traducción en lenguaje humano de lo que el Concilio Vaticano II atribuye específicamente a la vida religiosa, es muy sobria: "seguir más de cerca al Señor". Decir "más" no significa "mejor" sino más concretizado, más encamado en la vida de cada día. A partir de esta realidad es como puede llegar a ser un signo capaz de ejercitar un influjo eficaz en los demás miembros de la Iglesia para que cumplan con valor y generosidad los deberes propios de la vocación cristiana (LG 44).

En cuanto don ofrecido a la Iglesia, la vida religiosa no es un ejemplo de santidad o de caridad. Este don es ante todo un signo. La religiosa y el religioso, en lo tocante a la oración y a la caridad, no son automáticamente y por el hecho de serlo mejores que sus hermanas y hermanos en Cristo. Tampoco su vocación religiosa ha sido recibida para que se conviertan en el modelo único o en la perfecta realización del Evangelio. No se trata simplemente de que sean vistos o imitados. Lo que importa es que sean percibidos como un signo distinto de que el pueblo de Dios no posee aquí en la tierra su ciudad permanente sino que está en camino en búsqueda de la ciudad futura.

La vida religiosa, como razón específica de ser en la Iglesia, manifiesta a los ojos de los creyentes el don que ha recibido toda la Iglesia: que el Reino de los cielos está ya presente, aquí y en nuestro tiempo. Por tanto, el testimonio de la vida religiosa es la existencia de una vida nueva, que gracias a la Pascua de Cristo, ha de durar eternamente; el anuncio de la resurrección y del Reino que un día ha de venir en plenitud. Así el Espíritu, al suscitar sin cesar en la Iglesia nuevas formas de vida religiosa que la enriquecen, recuerda al pueblo de Dios que su ciudad permanente no está aquí y que es todavía peregrino hacia la eternidad en el Resucitado.

En medio de las dificultades que supone el hecho de vivir en este mundo una existencia y de realizar un trabajo que no se identifican sin más con lo creado, el Espíritu suscita un signo, no un modelo, para la existencia cristiana; existencia que tiene que ser vivida en perspectiva escatológica. El ardor de la lucha por la fe y por la justicia conlleva el riesgo de hacer olvidar el carácter escatológico de la fe cristiana, que puede incluso ponerse en peligro. De ahí la necesidad de ese signo fuerte dado por el Espíritu para que jalone y señale el sendero pascual que, en el fondo, es el camino único para la plena salvación del hombre. La vida religiosa más que una solución es un memorial del Evangelio para el pueblo de Dios que busca la ciudad de arriba. Sin cesar, la vida consagrada recuerda al pueblo de Dios el sentido de su existencia.

Nuestra vida consagrada tiene una clara orientación escatológica: es decir, en todo cuenta con el futuro, con Aquel que vendrá, con el Señor. Sabemos de un cardenal que ha escrito que la disminución de vocaciones no se debe tanto a las dificultades de la castidad y de la obediencia, sino a una falta de fe en el futuro que Dios nos prepara. Si la muerte tiene la última palabra en todo, la vida consagrada pierde completamente su razón de ser.

Efectivamente, privándonos de una familia, de una carrera y de un patrimonio, rechazamos asegurar nuestro futuro y ponemos nuestra confianza únicamente en Aquel que vendrá. No podemos contratar personal para asegurar nuestro futuro y el de nuestras hermosas obras de caridad, como si fuéramos una empresa meramente humana. Es el Señor que nos llama en todo a la libertad: podemos rezar y debemos darnos a conocer, pero no tenemos en nuestras manos el aumento de las vocaciones. La misma precariedad se hace sentir en nuestra misión: ¡hay tantas necesidades y urgencias! Lo que podemos hacer para que haya más justicia y más pan en el mundo parece irrisorio.

A continuación podemos dar un paso más y preguntarnos qué significa en concreto ser testigos del Resucitado.

Desde sus orígenes hasta hoy, nunca la vida religiosa ha existido como forma de vida en el matrimonio. En este sentido, este signo del Espíritu es elocuente. Y esto, no tanto al inspirar un rechazo o una huida de todo cuanto de inhumano puede llegar a darse en la sexualidad y en el amor humano, sino porque al animar a través de la castidad religiosa a una comunidad de hermanos y hermanas, que no ha nacido de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios (Jn 1.13), se anuncia y prefigura ya la ciudad de Dios con los hombres. En palabras de Juan Pablo II: la vida consagrada es una profecía del amor de Dios entre y en medio de los hombres.

La vida religiosa asumirá mayormente bajo el impulso del Espíritu la bienaventuranza de los pobres. Se trata de vivir como ellos, con y en medio de los pobres. Y esto, no tan solo para recordar que la Buena Nueva es contraria al desmedido interés de la ganancia y de la acumulación de tesoros en el mundo, sino y sobre todo, para revestirse del Señor Jesús y hacer propios sus sentimientos recordando cómo el Señor, siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con el anuncio de su Palabra y con la participación en su Cuerpo y en su Sangre. Darle voz a quienes en este mundo no la tienen, supone un amor que no es de este mundo y que se niega a considerar al mundo presente como la "última palabra". Y esto, porque ya desde ahora se vive en la esperanza de Aquel que ha de venir.

Mediante la obediencia y al interior mismo de sus obras eclesiales y comunitarias de evangelización, los religiosos hacen presente uno de los aspectos fundamentales de su vocación. Son auténticos apóstoles, no porque realicen un apostolado sino porque viven a la manera de los apóstoles. Siguen a Cristo en el servicio y en la Iglesia fundada por el Señor. En otros términos, renuncian a querer hacer propia su propia vida, a construir su propia casa, a tener una carrera suya. Y esto, para dejarse guiar por la obediencia, para participar plenamente en la formación de un cuerpo apostólico para el Espíritu del Señor.

Por último, y siempre bajo la moción del Espíritu, se acentúa en la vida religiosa la vida apostólica. Esta no es otra cosa que la que vivieron los Apóstoles quienes dejaron todo para anunciar el Reino que vendrá, y que reciben ya aquí el céntuplo prometido. Esta manera de vivir no se identifica sin más con lo que solemos llamar apostolado.

Habiendo señalado lo característico de la vida religiosa como un don de Dios para la Iglesia, digamos una palabra sobre su sito en esta Iglesia en la que se hace siempre sentir el Espíritu de su Esposo.

El concilio Vaticano II precisó que la vida religiosa no forma parte de la estructura jerárquica de la Iglesia. La organización jerárquica se compone de clérigos-sacerdotes y de cristianos laicos. Esto no quiere decir que la vida religiosa no sea parte de la vida de la Iglesia. El Concilio había precisado con claridad que todos y cada uno de los cristianos están llamados a la santidad. Solo después de afirmar esto, pasa a hablar de la vida religiosa e indica que ésta es un bien precioso por su relación con la totalidad del misterio pascual.

La vida religiosa está enraizada en el bautismo, la confirmación y la eucaristía, sacramentos estos que son comunes a todos los cristianos. De ahí precisamente, su capacidad y posibilidad de advertir a todos los fieles que de tal manera deben abrazar los proyectos humanos, que deben estar siempre atentos para no olvidar que la única piedra angular, sobre la que se basa la auténtica construcción del hombre y del mundo, es Cristo.

Indudablemente la Palabra de Dios se hace sentir en toda la Iglesia para anunciar la riqueza inagotable e insondable del amor de Dios a través de su Espíritu en Cristo. Pero el bien mismo de la Iglesia, exige que se manifieste visiblemente esa riqueza del amor de Dios. Pues bien, en el pueblo de Dios hay hombres y mujeres - los religiosos y religiosas - que, sin que nadie hubiese podido antes preverlo o condicionarlo, se

reúnen para compartir la vida y la oración y para formar así comunidades en nombre del Señor, bien conscientes de la gracia y del perdón recibidos. Y este hecho es de suyo más elocuente que las solas palabras del mandamiento del amor tantas veces proclamadas y escuchadas en la Iglesia.

Este signo es todavía más notable cuando esas comunidades viven en plena solidaridad con las condiciones de aquellos con quienes conviven, y cuanto se exponen a los desafíos y a los llamados urgentes de los demás. Se convierten entonces en auténticos testigos de las bienaventuranzas dirigidas a los pobres y a los desdichados.

Si el Señor en su vida terrena se hubiese limitado tan solo a hablar, si no hubiera sanado a los enfermos, multiplicado los panes para los que tenían hambre, y transformado el agua en vino para ayudar así a quienes estaban en una situación incómoda, entonces la razón de ser de la vida religiosa sería únicamente la utilidad desde el punto de vista humanitario y social. Pero precisamente porque es característico de la riqueza del Señor que ha inaugurado el Reino, no solamente el construirlo a través de la palabra liberadora sino también mediante gestos de curación, capaces de poner nuevamente al hombre en pie y de afrontar incluso a la muerte, la vida religiosa encuentra en la manera como Cristo llevó a cabo su misión, el fundamento primero e insustituible de la actividad educativa, caritativa y social que lleva adelante.

El Santo Padre ha afirmado repetidamente que la Iglesia tiene también urgente necesidad del testimonio de esa otra riqueza del Señor que es la contemplación y la vida de oración. Vemos así como la vida religiosa tiene una misión apostólica eclesial para el bien mismo del pueblo de Dios. La lleva a cabo de maneras múltiples: sea cuando se consagra totalmente a la contemplación, sea también cuando en la acción apostólica se entrega al servicio pastoral, social o de asistencia como una contemplación y seguimiento de los misterios de la vida de Cristo.

A manera de conclusión planteo un nuevo reto que confronta hoy la vida religiosa. Por vocación, las religiosas y religiosos se caracterizan por su experiencia de comunión y de fraternidad. Hoy, más que nunca, en la Iglesia y en el mundo, están llamados a ser testigos y artífices de ese proyecto de comunión que, de acuerdo con los planes de Dios, constituye la cima de la historia humana.